**Navidad 2015**

**NOCHE DE SILENCIO**

*Isaías 62,11-12­; Tito 3, 4-7; Lucas 2, 15-20*

Las lecturas de la misa llamada “de la aurora” aún están todas ellas concentradas en el acontecimiento concreto del nacimiento de Cristo. No nos transportan a una reflexión altamente teológica, como hará el prólogo de Juan, que se lee en la misa “del día”, sino que nos señalan en los pastores y en María (los dos protagonistas del pasaje evangélico) lo que debe ser nuestra respuesta y nuestro planteamiento ante el pesebre de Cristo.

Los pastores personifican la respuesta de fe ante el anuncio del misterio. Ellos abandonan su rebaño, interrumpen su reposo, lo dejan todo; todo pasa a un segundo término frente a la invitación dirigida por Dios a ellos:

*“Los pastores se decían unos a otros: “Vamos derechos a Belén, a ver eso que ha pasado y que nos ha comunicado el Señor”. Fueron corriendo y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que les habían dicho de aquel niño”.*

María personifica el planteamiento contemplativo y profundo de quien, en silencio, contempla y adora el misterio:

*“María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”.*

Busquemos recoger la tácita invitación, que nos viene de estos modelos y acerquémonos también nosotros al misterio por los dos caminos de la fe y de la adoración.

Hay verdades y acontecimientos que se pueden entender mejor con el canto que con las palabras y una de esas es precisamente la Navidad. Nos pueden ayudar a entender algo del misterio de esta fiesta algunos de los cantos navideños más populares del mundo cristiano. Ellos han inspirado a generaciones antes que a nosotros, han encantado nuestra infancia y para muchos permanecen como el único reclamo al significado religioso de la fiesta.

El primero es “Tú desciendes de las estrellas”, compuesto por san Alfonso María de Ligorio. ¿Cómo se ve la Navidad en este canto navideño? ¿Cuál es el mensaje que nos quiere transmitir? La Navidad nos aparece en él como la fiesta del Amor, que se hace pobre por nosotros. El rey del cielo nace “en una gruta con frío”; al creador del mundo le “faltan panes y fuego”. Esta pobreza nos conmueve sabiendo que “te has hecho pobre por amor”, que fue el amor quien te hizo pobre. Con palabras sencillísimas, casi infantiles (y ¡es un doctor de la Iglesia quien las escribe!), viene expresado el mismo significado profundo de la Navidad que el apóstol Pablo incluía en las palabras:

*“Nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de enriqueceros con su pobreza” (2 Corintios 8,9).*

Navidad es, por lo tanto, la fiesta de los pobres, de todos los pobres, no sólo de los materiales. Hay infinitas formas de pobreza que, al menos una vez al año, vale la pena recordar, para no permanecer siempre fijos en la sola pobreza de los bienes materiales. Hay la pobreza de los afectos, la pobreza de la instrucción, la pobreza de quien ha sido privado de lo que tenía como más querido en el mundo, de la mujer rechazada por el marido o del marido rechazado por la mujer. La pobreza de quien no ha tenido hijos, de quien debe depender físicamente de los demás. La pobreza de esperanza, de alegría. En fin, la pobreza peor de todas, que es la pobreza de Dios.

Junto a todas estas pobrezas negativas, hay asimismo sin embargo una pobreza hermosa, que el Evangelio llama pobreza de espíritu. Es la pobreza de quien siente no tener méritos para establecerse delante de Dios y por ello no se apoya orgullosamente sobre sí mismo, no se siente superior a los demás, y está más preparado para poner toda su confianza en Dios.

¿Cuál es, por lo tanto, el mensaje que nos viene a nosotros del misterio de la Navidad? Hay pobrezas, nuestras y de otros, contra las cuales es necesario luchar con todas las fuerzas, porque son pobrezas malas, deshumanizadoras, no queridas por Dios, fruto de la injusticia de los hombres; pero, ¡existen tantas formas de pobreza que no dependen de nosotros! Con estas últimas debemos reconciliarnos, no dejarlas tirar fuera, sino llevarlas con dignidad. Jesucristo ha escogido la pobreza; hay en ella un valor y una esperanza. Quien ya cree tenerlo todo está satisfecho, no desea y no espera nada, y no esperando nada está triste y aburrido, porque la alegría más pura es la que viene precisamente de la espera y de la esperanza.

“Tú desciendes de las estrellas”, sin embargo, nos recuerda igualmente alguna otra cosa: que hoy hay también niños, a los que “faltan panes y fuego”, que están “al frío y al hielo”, enfermos y abandonados. Ellos son el Niño Jesús de hoy. En Navidad debemos hacer algún gesto de solidaridad hacia los pobres. ¿Para qué nos serviría si construyésemos espléndidos pesebres, encendiésemos luces por todas partes, y hiciésemos recogida de niñitos artísticos, si después dejamos junto al frío y al hielo a los “niños Jesús” en carne y huesos, que están junto a nosotros? “En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mi me lo hicisteis” (Mateo 25, 40). A este respecto hay en la actualidad tantas iniciativas de solidaridad y sería necesario darlas a conocer más, para no hacer siempre y sólo propaganda del mal y de igual forma para estimularnos a sostenerlas.

Pasemos, ahora, a otro canto navideño, quizás el más estimado en todo el mundo. Se trata del conocidísimo Noche de paz, compuesto una noche de Navidad por un alemán de nombre Gruber. El mensaje fundamental de este canto no está ni en las ideas que comunica (casi ausentes), sino en la atmósfera que crea. Una atmósfera de asombro, de calma y, sobre todo, de fe. El texto original, traducido, dice:

“¡Noche de silencio, noche santa!

Todo calla, sólo vigilan

los dos esposos santos y píos.

Dulce y querido Niño,

duerme en esta paz celestial”.

Este canto me parece cargado de un mensaje importante para la Navidad. Habla de silencio, de calma; y nosotros tenemos una necesidad vital de silencio. Quizás sea la condición para reencontrar algo sobre la verdadera atmósfera de fiesta, que hemos siempre soñado. “La humanidad, decía Kierkegaard, está enferma de ruidos”.

La Navidad podría ser para alguno la ocasión para descubrir la belleza de momentos de silencio, de calma, de diálogo consigo mismo y con las personas, los ojos con los ojos, no cada uno con la oreja colgada del propio teléfono. Cuando pienso en la Navidad de mi infancia, el recuerdo más bello que aflora es el del breve viaje a media noche hacia la iglesia o el despertar de la mañana, bajo una capa de nieve, que lo cubría todo en un extraordinario y dulcísimo silencio.

Un texto de la liturgia navideña, sacado del libro de la Sabiduría (18, 14-15), dice: “Cuando un silencio apacible lo envolvía todo y la noche llegaba a la mitad de su carrera, tu palabra omnipotente, oh Señor, se lanzó desde los cielos, desde el trono real”; y san Ignacio de Antioquía llama a Jesucristo “la palabra salida del silencio”. También hoy, la palabra de Dios desciende allá donde encuentra un poco de silencio.

María es el modelo insuperable de este silencio adorador. Se nota una clara diferencia entre su planteamiento y el de los pastores. Los pastores se ponen en camino diciendo: “Vamos derechos a Belén, a ver eso que ha pasado” (Lucas 2, 15) y vuelven glorificando a Dios y contando a todos lo que habían visto y oído. María calla. Ella “no tiene palabras”. Su silencio no es un simple callar; es maravilla, asombro, adoración, es un “religioso silencio”, un estar abrumada por la grandeza de la realidad.

La interpretación más verdadera del silencio de María es la de ciertos iconos orientales, en los que ella está representada frontalmente, inmóvil, con la mirada fija, los ojos desencajados, como quien hay visto cosas que no se pueden volver a expresar. También, algunas célebres representaciones de la Navidad del arte occidental (Della Robbia, Lippi) nos muestran a María así: de rodillas delante del Niño, en un planteamiento de asombro y vencida adoración. Es una invitación a quien mira para hacer lo mismo. Un canto navideño, no menos conocido que los precedentes, el Adeste Fideles, repite continuamente: “Venid, fieles, adoremos al Señor”.

Termino con una bella leyenda navideña que resume todo el mensaje que hemos recogido de los dos cantos navideños: pobreza y silencio. Entre los pastores, que acudieron la noche de Navidad para adorar al Niño, había uno tan pobre que no tenía absolutamente nada para ofrecer y se avergonzaba mucho. Llegado a la gruta, todos hacían pugna por ofrecer sus dones. María no sabía cómo hacer para recibirlos todos, debiendo sostener al Niño. Entonces, viendo al pastorcillo con las manos libres, coge y le confía por un momento a Jesús a él. Tener las manos vacías fue su suerte.

Es la suerte más bella que nos podría suceder a nosotros. Hacernos encontrar en esta Navidad con el corazón tan pobre, tan vacío y silencioso que María, viéndonos, pueda confiarnos también a nosotros al Niño suyo. “Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mateo 5, 3). De ellos es la Navidad.

Raniero Cantalamessa; Echad las Redes, Reflexiones sobre los Evangelios, Ciclo C.